

DECLARACION OFICIAL DE EDITH PIZARRO, chilena, doctora, esposa de Joao Batista Zachariotti, asesor de Mauro Borges:

—“Que, como sufre de úlcera duodenal grave, le contó su esposo que pidió a los verdugos que no le golpearan en la región del estómago, pasando ellos, de inmediato, desde entonces, a pegarle todavía más en esa región; que resistió hasta entrar en la inconciencia; que por lo menos tres noches seguidas padeció él esas torturas; que a pesar de ello, no habiendo declarado lo que interesaba a sus inquisidores, fue sometido a choques eléctricos en el vientre, a la altura de la vejiga y por detrás; que soportó tales choques por cerca de una hora.”

DECLARACION DE LA MADRE DE ZACHARIOTTI, María de Freitas:

—“Dice que al visitar a su hijo, después de quince días de incomunicación, encontró “un hombre abatido, contrahecho, delgado y asustadizo”, con “cicatrices al lado derecho de la cara y en la frente; el cuello, en el lado derecho”. Al preguntarle si había declarado, y cuántas veces; el hijo respondió: “Mamá ya perdí la noción del tiempo. No sé cuantas horas depuse, ni cuantos días”.

Zachariotti está asilado desde la tercera semana de diciembre en la embajada de Chile, huyendo de la “democracia” brasileña, que constituye un repugnante sistema de gobierno en nuestra desgraciada América Latina.

RIO DE JANEIRO, diciembre (Por Róbinson Rojas).— Quiero dedicar la crónica de hoy día a una carta que no obtuvo respuesta. Una carta dirigida al mariscal Castelo Branco, desde una celda del cuartel del 10 Batallón de Caballería, en Goiania, el 11 de octubre de 1964. La firma el médico Simón Luty Kozobudsk, que trabaja desde hace 25 años en Goiania, siendo un respetado vecino. Su caso es el caso de miles de brasileños bajo la siniestra dictadura que hoy oprime esta nación. Esta carta figura con el título de SECRETO, en los archivos militares de Goiania. Comienza así: —“Tiene ésta por motivo exponer a V. E., ahora, la verdad sobre el proceso de investigación a que fui sometido en el cuartel del 10º B. C. y la anexa Villa Militar, en Goiania, y me dirijo a V. E. para que sepa la verdad de lo que aconteció conmigo, la verdad que necesito exponer para defender mi honra, mi dignidad como hom-

bre y como médico que, hace más de 25 años, trabaja con honra y dignidad en el interior de mi Patria, Brasil.”

Este doctor fue detenido el 14 de agosto de 1964, cuando se desencadenó el ataque de los militares contra el gobernador de Goiás, Mauro Borges, acusándolo de preparar “una contrarrevolución”. El fondo del ataque a Borges no era ése, sino eliminar un político “liberal”, del cuadro público brasileño. Borges fue goularista cuando Goulart gobernaba, y fue golpista cuando comenzó el alzamiento militar de marzo-abril. La dictadura decidió eliminarlo, acusándolo de “corrupto, subversivo y comunizante”. Borges, para salvarse, entregó a los militares las listas de todos los funcionarios comunistas o simpatizantes de su administración. Todos están presos ahora. Pero los militares no querían que Borges siguiera como gobernador, y por eso inventaron esta trama, obteniendo confesiones de hechos falsos, por medio de torturas asquerosas. En ese remolino fue que cayó el doctor Simón Luty Kozobudsk, que relata:

—“El día 23 fui llevado a una casa de la Villa Militar, donde comenzó mi interrogatorio a las cuatro de la tarde, para finalizar a las cuatro de la madrugada. De los cinco miembros que me preguntaron, tres actuaron como caballeros, pero dos como torturadores, moral y físicamente. Aquí fue cuando comenzaron las amenazas: prisión de mi señora y de mi hijo único. Este último iba a ser muerto por inanición en la celda. Me acusaron de inmoral, que exhibía películas de relaciones sexuales entre el clero masculino y el femenino, que soy contrabandista, que formo parte de los aventureros y subversivos de Goiás, que me aprovecho para engañar a los incautos, que recibo dinero para la subversión. Al día siguiente por la tarde (día 24), fui interrogado en el mismo local. La misma cosa: deportación y presidio para mí, esposa presa y el hijo torturado —para explotar mis sentimientos de padre y esposo. Como tengo hijo único —de 19 años— sólo pensaba en él y en el bienestar de mi esposa. Después el asunto se calmó y fui llevado a un paseo por el patio del cuartel, con un oficial que delicadamente me insinuó que me soltarían si declaraba haber entregado una carta a un funcionario del Palacio del Ilustre Gobernador Teniente General Mauro Borges. Me dijo que era una cosa sin importancia, pero que debía confesar eso. Estaba preocupado y atemorizado por mi familia, esperando que viniesen cosas peores, y acepté firmar una confesión que ni siquiera me permitieron leer, para saber de qué se trataba.”

—“El día 27, fuí llevado delante de la caja de agua del cuartel, esposado, y enseguida empujado dentro del compartimiento de la caja elevadora de agua, amarrado a un poste de fierro al lado de un inmenso motor Diesel. Ví que comenzaban la coacción física y las torturas. Me notificaron que estaría amarrado junto al motor, dos días. Pedí socorro, y apelé por la caballerosidad y dignidad del militar que me miraba. Después de una hora de esta tortura, un oficial me sacó de las inmediaciones del motor, que funcionaba ensordeciéndome, y me llevó esposado al interrogatorio. Allí fue la misma historia con amenazas de torturas y la acusación de inmoral, contrabandista, corrupto, subversivo y comunista. No bastó. Me dijeron que mi señora y mi hijo estaban presos. Fue el máximo, pedí, imploré que nada hiciesen a los míos. Pero todavía más, ofendieron mi nacimiento, que como hijo de polonés soy brasileño por casualidad, y que mi padre era un criminal, una porquería, degenerado, que no valía nada.”

—“Pedí, imploré, dije que hacía el máximo de esfuerzo posible y que hablaba sólo la verdad. Me pusieron un saco en la cabeza, y después uno de los presentes simulaba la introducción de agujas en la carne, dándome puntazos y golpes en el abdomen y en la espalda. Inesperadamente, uno de ellos, para provocarme, dice sigilosamente que es de mi partido y que me ayudará a huir. Desesperado, negué, porque sabía que era provocación. Después me tiraron en la cama de una celda, y más tarde volví a la caja de agua, junto al motor que rugía y me aturdía, y quedé esposado con tanta fuerza, que ví (ya que soy médico) que iban a comenzar los edemas.”

EL SUICIDIO

—Después que me sacaron de la caja de agua, me llevaron de nuevo a la casa de torturas en la Villa Militar, sólo que ahora estaba esposado con las manos por detrás. Y quedé así hasta las dos de la mañana.”

—“A las cuatro de la mañana del día 28, me llevaron a una celda en la que sólo cabía una cama y allí quedé, después de las torturas, hasta las cinco de la tarde. Ahora, ya sabiendo que iría a sufrir mucho más, regresé esposado siempre con las manos a la espalda. En el local del interrogatorio, un oficial me pegó con un látigo de caballería y con los puños dos veces.”

—“A las cuatro de la mañana (del día siguiente), después de recibir latigazos y golpes, esposado con las manos a la espalda y delante de seis oficiales y otros sargentos, fui llevado al campo de tiro del cuartel, lejos de los edificios, y allí tres sargentos me dijeron que me iban a liquidar, y que nadie los podía acusar de homicidio porque eso iba a ser un “suicidio”. Durante más de media hora, bajo la amenaza de dos pistolas militares (Colt 45), incrustadas en mi cuerpo y apoyadas en mi cabeza, comenzó la coacción armada. Yo debería correr, y entonces moriría. Otro de los sargentos dijo que actuaría como testigo de mi suicidio. Yo, no queriendo correr para que no me mataran, me agarraba del sargento que intentaba empujarme para que corriera, en tanto que el otro manejaba el arma a mi frente. Por fin ellos hicieron disparos en mi dirección, y yo caí de rodillas rezando en mis últimos momentos. Ví los fogonazos de los disparos de las armas, y uno disparó junto a mi nariz, y yo les dije que me matasen porque soy hombre honrado y no tenía nada que confesar de aquello de lo cual me acusaban. Llegó un momento en que realmente pensé que estaba muerto, cuando de repente la sargentada paró el juego y me arrastraron al cuartel, diciendo que soy solamente un corrupto, y enseguida me llevaron al cuartel del comando, donde me esperaba un oficial, ante el cual hice la segunda declaración.”

—“Firmé una declaración el día 17 de septiembre de 1964, hecha de mi puño y letra. Después me pidieron que firmara la misma declaración, pero escrita en otros términos, hecha por el IPM (Investigación de la Policía Militar) del Décimo Batallón de Caballería, en que se insinuaba que no había sido castigado durante los interrogatorios. Firmé, porque pensé que mis torturadores estaban con remordimientos de haber torturado a un hombre de 53 años, profesor de la Universidad, con un currículum honesto de vida profesional, moral y social.”

Este gesto ingenuo del pobre profesor Simón Luty Kozobudsk, tiene dos explicaciones simultáneas: la primera, es que él siempre fue antigoularista, y SIMPATIZABA con los militares que lo derribaron; y la segunda, es que los militares que le pidieron la firma de este documento, le aseguraron que quedaría libre inmediatamente después de la firma.

Pero el doctor Kozobudsk, profesor de la Universidad de Goiania, sigue preso. Y seguirá preso hasta que deje de ser útil en las firmas de documentos falsos, confesiones falsas, testimonios falsos, contra

el gobernador de Goiás, Mauro Borges, cuyo destino, fijado por la dictadura militar brasileña, es desaparecer de la política de ese país.

El caso del doctor Kozobudsk no es un caso aislado. Es uno entre tantos, que revela toda la dimensión de la dictadura que se esconde en Brasil, tras una cortina de noticias amables construida por la prensa seria y sus escribas, técnicos en demostrar que la "democracia" más pura de América Latina está en los calabozos de la policía política de Brasil, y en los calabozos de los cuarteles militares de Brasil.

Todos los procesos que hasta ahora, en diez meses de canallesca dictadura, han emprendido los militares aquí, están basados en confesiones falsas, testimonios falsos y documentos falsos, obtenidos por medio de la tortura y el engaño. De esos procesos, los más notables son dos que se están realizando todavía, para vergüenza de Brasil: el de Mauro Borges, en el estado de Goiás, y el de los nueve ciudadanos chinos populares, condenados a 10 años de prisión por "subversión", exhibiendo como pruebas libros y folletos, editados tanto en Brasil como en Pequín, y que cualquier chileno puede comprar en las calles de Santiago.

RIO DE JANEIRO, diciembre (Por Róbinson Rojas).— El estado policial y de terror que estremece a los brasileños desde el 31 de marzo pasado sigue en pleno vigor, y no terminará tan pronto. Los militares del mariscal Castelo Branco me fueron definidos por un abogado, tal vez el más famoso de Brasil, de este modo: "Ellos saben lo que están haciendo. Están construyendo una dictadura fascista. Las libertades democráticas son burladas cada segundo y el pueblo está aterrado. Esta es una revolución fascista, hecha solamente para entregar nuestras riquezas básicas a los norteamericanos. Es una revolución para entregar nuestro petróleo a los norteamericanos. Nuestro hierro, nuestro manganeso, y nuestra propia soberanía. Hacemos lo que el embajador norteamericano ordena."

Mis crónicas anteriores han revelado algo de todo eso. Pero hoy quiero insistir en el Terror. Es necesario que el mundo se entere de hechos como estos:

—El sargento segundo Mancel Alves Ribeiro fue acusado de "subversivo". Lo apresaron y lo torturaron. Murió mientras era torturado con electricidad. Como se trataba de un militar, y no de un